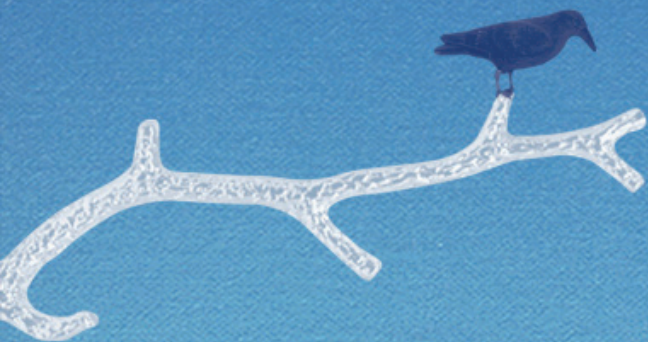




Ezequiel Barranco Moreno

LA BUFANDA DE LANA

y otros relatos desgarrados



·EDICIONES·PANGEA·

Ezequiel Barranco Moreno

LA BUFANDA DE LANA

y otros relatos desgarrados

·EDICIONES·PANGEA·

Primera edición: mayo, 2021

Del texto: © Ezequiel Barranco Moreno

Del prólogo: © Rocío de Juan Romero

De esta edición: © Ediciones Pangea, 2021

41720 Los Palacios y Villafranca, Sevilla

www.edicionespangea.com

Edición y corrección:

Juan Manuel Castillo Martín

Diseño y maquetación:

José Peña Fierro

Diseño y composición de la cubierta:

Ezequiel Barranco Reina

ISBN: 978-84-121204-3-1

Depósito Legal: SE 847-2021

Impresión: Podiprint

Impreso en España / *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Dedicado a mi mujer y a mis hijos, Carmen y Ezequiel,
por sus opiniones, apoyo y paciencia.*

*Mi agradecimiento a Rocío de Juan por su inestimable
ayuda, a mi hijo Ezequiel por el diseño de la portada
y a Ediciones Pangea por confiar en mi obra.*

LA ESTACIÓN

Don Antonio se había sentado en el único banco que quedaba junto a la que fuera la estación de su aldea y, como todos los días, se entretuvo dejando pasar las horas bajo la pared desconchada del edificio. Solo quedaban los muros, los restos de la puerta y, en la fachada principal, un deslustrado rótulo de cerámica azul, en el que aún se podía leer «San Pedro de Guadalete».

Aledañas a la estación estaban las ruinas de una azucarera que había dado a la aldea cierta importancia en su tiempo y que, al cerrar, marcó el inicio del éxodo que la había dejado casi deshabitada. Transversal a la vía, una carretera local, y en el cruce, un despintado indicador kilométrico y la Venta Mariano, que en realidad era un club social donde los escasos vecinos tomaban café y, si se terciaba, jugaban una partida de dominó. En el cielo, tres o cuatro cigüeñas que habían decidido

anidar allí y algunas gaviotas que iban y venían de la no muy lejana costa.

Cada día, tras la siesta, don Antonio, con andar pausado, llegaba a la estación y miraba el entorno, con especial interés al vuelo de las cigüeñas y a la dirección del viento; se dejaba caer en el banco y, tras fumarse su único cigarrillo del día, apoyaba la barbilla en el dorso de las manos, que descansaban sobre el mango de su bastón. Con la mirada fija en la nada y con la compañía de sus recuerdos, dejaba pasar las horas, hasta que el relente del atardecer le aconsejaba volver a casa. El solitario camino de vuelta solo se interrumpía por el saludo de algún vecino, que le preguntaba sobre su salud, sin esperar respuesta.

No había nada que perturbara el plácido transcurrir de su vejez, ni lo deseaba. «Todo lo que tenía que vivir lo he vivido ya», repetía a los que lo querían escuchar y a quienes sabían que tras esa frase venía un recuerdo, una historia o una anécdota. Cuando no se cruzaba con nadie, se decía esa frase para sí mismo, y comenzaba a desmenuzar su pasado, quedando siempre en suspenso un nombre o una fecha que era incapaz de recordar. Solo había un instante en que se rompía la rutina de sus pensamientos. Casi a diario, al caer la tarde, pasaba en bicicleta por la vecina carretera una joven desconocida, vestida informalmente, portando una pequeña mochila en la espalda. Mariano, el ventero, le había dicho que era una chica muy re-

servada, que rara vez paraba y que, si lo hacía, era para comprar pan, agua o algún refresco.

Don Antonio sentía que el paso de la joven era un aliciente que, como la llegada de las cigüeñas, rompía la rutina de sus días.

—¡Adiós, Teresa! —decía desde que Mariano le revelara su nombre, al tiempo que la saludaba con la mano.

—¡Adiós, buenas tardes! —respondía ella sonriendo, sin dejar de pedalear.

Teresa, que tendría unos treinta y cinco años, con frecuencia recorría en bicicleta el camino de vuelta del trabajo en el campo o, muchos fines de semana, de su lugar preferido en la playa, una cala pequeña, de difícil acceso y con muchas rocas, casi siempre vacía. En la misma orilla, sobre un escarpado entrante en el mar, se levantaba una pequeña casa deshabitada y los restos de dos barcas semihundidas. A Teresa le gustaba descansar en ese solitario rincón. Acudía después de comer, se tumbaba en la arena y al despertar se acercaba a una roca que se adentraba en el mar y allí permanecía, enfrascada en sus pensamientos, haciendo algunas anotaciones en su diario. Esperaba la llegada de ese momento en que el sol desaparece en el horizonte y una profunda paz lo envuelve todo, esos minutos en los que el mundo parece que queda en suspenso, silencioso y expectante, hasta que, terminado el ocaso, las gaviotas vuelven a volar, el aire, a soplar

y el mar retoma su sonoro ir y venir. Ella entonces respiraba profundamente y cerraba el cuaderno.

A la vuelta, al pasar por la estación, Teresa miraba al banco.

—¡Adiós, buenas noches! —decía sonriendo desde su bicicleta.

—¡Adiós, Teresa! Ve con cuidado —contestaba don Antonio, que en ese momento ya se preparaba para volver a casa.

Una tarde en la playa, Teresa se sinceró con su diario: «Desde hace meses, cuando paso por la azucarera, en la estación, saludo a un abuelo que descansa cada día absorto en sus pensamientos. No sé nada de él, salvo su nombre —don Antonio—, pero su postura, sus rasgos... Es como si estuviera ajeno al paso de los días. Sus ojos, no sé si por indiferencia o porque están escudriñando todo lo que ocurre, o ha ocurrido, a su alrededor, me impresionan. No es una mirada vacía, está llena de recuerdos, de historia, de cansancio o esfuerzo».

Cada uno, al llegar a su casa, repasaba el día, y siempre encontraba un resquicio en el que aparecía el saludo puntual, inmediato e intrascendente pero cada vez más entrañable. Así fue naciendo la curiosidad y, posteriormente, la necesidad de encontrarse. Don Antonio esperaba impaciente el momento en que ella se acercara para preguntarle de dónde venía, cuál era su trabajo, sus expectativas, su forma de vida, sus aficiones y forma de pensar,

y, mientras, Teresa se preguntaba cuándo podría acercarse a él para poder hablar de su pasado, de aquello que había vivido, que le había importado. La dureza de sus rasgos y la ternura de sus gestos le hacían presumir que estaría lleno de historias personales que ella deseaba, ansiaba, conocer.

Un caluroso día de levante, Teresa decidió volver a casa prematuramente. Mientras cogía la bicicleta el viento cedió, pero no el calor, aparecieron miles de pequeños insectos y una desesperante sensación de bochorno que predijo la llegada del temporal. La ventisca la cogió por la carretera y le hizo difícil e incluso peligroso seguir el camino de vuelta.

En esa tesitura, Teresa llegó a la aldea y se resguardó en la venta, en la que, por el mismo motivo, había entrado don Antonio.

—¡Cómo ha cambiado el tiempo, vaya ventolera! —comentaba Mariano, que recogía el único café que había servido en la mañana.

—Se veía venir, ese aplomo presagiaba que el levante iba a saltar —contestó un vecino.

En una esquina la televisión retransmitía un partido que nadie veía, y en el centro media docena de moscas volaban cansinas en perfecto círculo alrededor de la nada.

—El tiempo está loco —intervino Teresa—, el temido cambio climático está aquí.

—¡Vamos allá! El levante siempre ha saltado, arrasado y hasta enloquecido a la gente, antes de

que se hablara de climas y cambios —replicó don Antonio, tras dar un sorbo al café hirviendo. La conversación se fue animando, hablaron de los achaques de la edad, de los peligros y la inconsciencia de la juventud, de los recuerdos y de las tardes de playa, hasta que escampó y llegó la hora de marcharse para evitar la noche. En boca de ambos se quedaron temas pendientes, pero que ya se habían dibujado; como las dudas sobre el futuro y las expectativas de Teresa, el camino que le quedaba en un mundo amenazado por la incertidumbre y la desesperanza; sin olvidar el pasado de don Antonio, sus historias hermosas, tristes, angustiosas o felices que, seguro, le habían ocurrido a él y a su familia en los años convulsos de la guerra, la penuria y el hambre. Teresa le dedicó una sincera sonrisa mientras se despedía y cogía la bicicleta.

Conforme don Antonio envejecía, Teresa fue pasando más tiempo en el pueblo, unas veces por ayudarlo, otras por acompañarlo y, sobre todo, porque le gustaba la tranquilidad y el sosiego que allí se respiraba. Llegó a ser una vecina más de la aldea. Solía tomar café con Mariano, cada vez más encanecido y delgado, y cambió la escapada a la roca de la playa por el banco de la estación para escribir algunas notas en su diario. La azucarera se seguía deteriorando, el número de gaviotas y cigüeñas crecía y el lugar fue haciéndose algo más

incómodo por el constante trasiego de coches que pasaban sin detenerse en el pueblo, salvo cuando el ceda el paso los obligaba a pararse. Entonces los viajeros aprovechaban para echar una mirada aburrida a las casas y a la azucarera.

Con el tiempo don Antonio enfermó y, tras pasar unos meses en casa con la ayuda de Teresa, falleció en su compañía, amparado por Mariano y algunos vecinos. Pocos días después todo volvió a la rutina: la venta, la carretera, las conversaciones sobre el levante, el café, los días de sol y lluvia, etcétera. Teresa se quedó a vivir en la aldea, fue cambiando sus proyectos por recuerdos y sus expectativas se redujeron a una vida sana y tranquila, alejada de las prisas y las angustias de la ciudad. Puso un pequeño negocio junto a la carretera, en el que vendía bebidas, bocadillos y chucherías, además de los pimientos, berenjenas y tomates que, en temporada, cogía de su huerta. Así consiguió alcanzar el ideal de vida que se había planteado.

El recuerdo de don Antonio se fue borrando. La venta la cogió Ezequiel, un primo de Mariano veinte años más joven que él. Se abrieron tres bares nuevos y un restaurante al filo de la carretera. Todo ello, además de la creación de un parque cercano entre pinares, que contenía los restos de un castillo recién restaurado, hizo que la actividad en el pueblo aumentara y que incluso algunos

decidieran quedarse a vivir allí; pero ese discreto cambio poco alteró la tranquilidad de la aldea y la paz de los vecinos.

Teresa siguió la costumbre de don Antonio y se iba cada día, tras la siesta, a leer y escribir al mismo banco en que lo conoció. Allí se sentaba y veía pasar los días y, conforme fue envejeciendo y perdiendo las ganas de escribir, se quedaba simplemente dejando pasar las horas hasta que, llegada la noche, volvía despacio, entre dolores y achaques, a su casa, saludando por el camino a los vecinos que se iba encontrando. Aunque su rostro había cambiado, su mirada profunda y curiosa se mantenía, quizá algo cansada, pero serena y feliz.

Una tarde se dio cuenta de que un motorista se había parado en el cruce y se quedó mirándola en silencio hasta que pudo reemprender la marcha. Debía de trabajar cerca, porque desde entonces cada tarde lo veía pasar siempre a la misma hora. Lo miraba con curiosidad, y él comenzó a saludarla cuando el semáforo lo obligaba a pararse.

—¡Adiós! —Le escuchó una tarde.

—¡Ve con Dios! —contestó ella.

Teresa se preguntaba quién sería aquel muchacho y fue notando cierta preocupación cuando no lo veía pasar. A Miguel, que así se llamaba el joven, por su parte, le intrigaba la vida de aquella mujer, que lo escudriñaba con curiosidad.

Un tormentoso día de primavera, Miguel dejó la moto junto a la estación y entró empapado en la vieja venta. Doña Teresa lo saludó desde la oscuridad del local.

—¡Vaya aburrimiento de televisión! Si no hablan de política, están las marujas de las tertulias —comentaba Teresa a Ezequiel.

—Yo solo la pongo para escuchar el parte, y cuando hay toros o fútbol, pero ni eso atrae ya a los clientes.

—¿Y qué quieres? Cada día haces peor el café —replicó Teresa con una leve sonrisa—. Me produce ardores y náuseas desde que le doy el primer buche.

—No le echas la culpa a mi café, que te estás convirtiendo en una vieja gruñona —le replicó subiendo el tono, ante la mirada de Miguel, que seguía la conversación mientras ojeaba el diario.

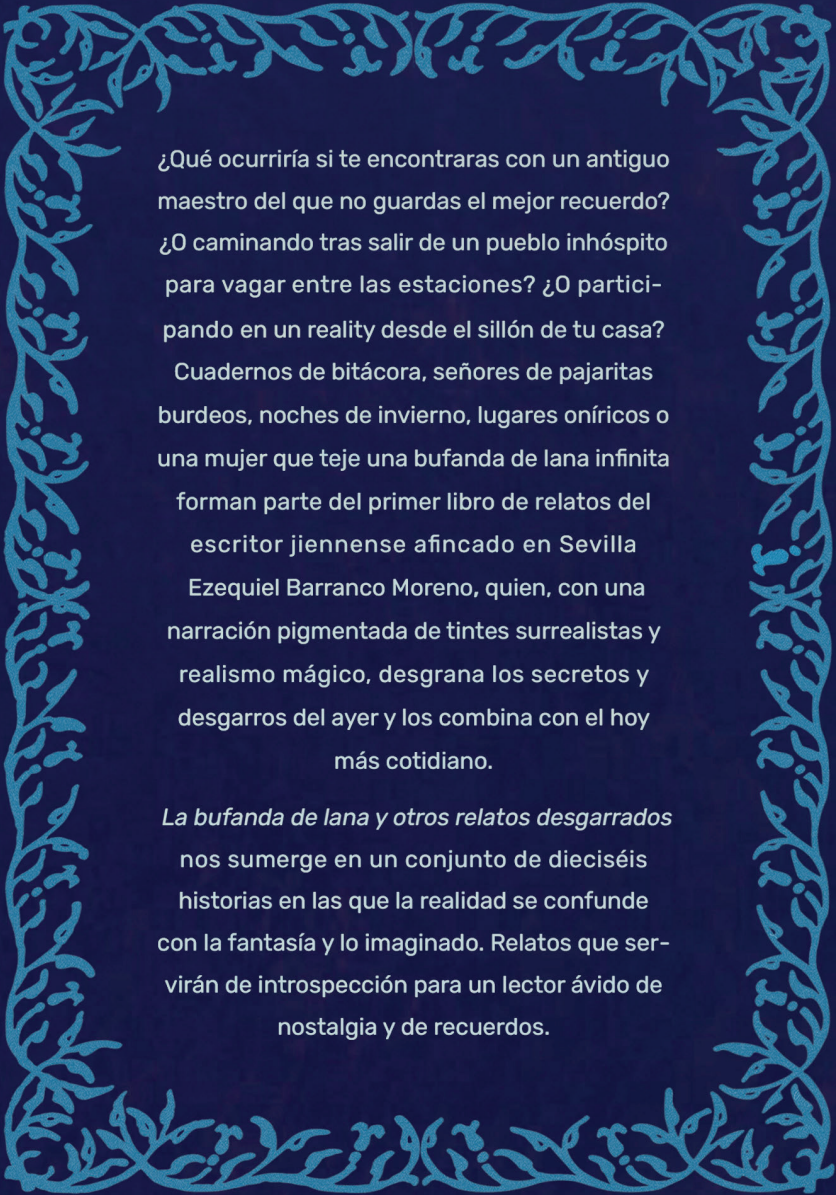
—La cuenta, por favor —intervino Miguel sacando la cartera del bolsillo. Mientras Ezequiel le cobraba, Teresa le advirtió del peligro de la carretera los días de tormenta. Entablaron entonces una animada conversación. Hablaron de los achaques de la edad, de los peligros y la inconsciencia de la juventud, de los recuerdos y de las tardes de playa; hasta que escampó y llegó la hora de marcharse para evitar la noche. En boca de ambos se quedaron temas pendientes pero que ya se habían dibujado: las dudas sobre el futuro de Miguel, en

particular, y del mundo, en general; sin olvidar el pasado de doña Teresa, lleno de historias hermosas, tristes, angustiosas o felices que, seguro, le habrían ocurrido a ella, a su familia y a su aldea. Miguel le dedicó una sincera sonrisa mientras se despedía y arrancaba la moto.

—¡Adiós, Miguel! —se despidió doña Teresa al verlo partir y comenzar su solitario camino de vuelta, solo interrumpido por algún vecino que la saludaba o le preguntaba sobre su salud, sin esperar respuesta.

—¡Adiós, doña Teresa! —contestó Miguel desde la moto, con su aspecto informal de siempre.

Detrás queda la estación, con su único banco y el destartalado azulejo azul, la venta, las ruinas de la azucarera y, en el horizonte, las rocas adentrándose en el mar.



¿Qué ocurriría si te encontraras con un antiguo maestro del que no guardas el mejor recuerdo? ¿O caminando tras salir de un pueblo inhóspito para vagar entre las estaciones? ¿O participando en un reality desde el sillón de tu casa?

Cuadernos de bitácora, señores de pajaritas burdeos, noches de invierno, lugares oníricos o una mujer que teje una bufanda de lana infinita forman parte del primer libro de relatos del escritor jiennense afincado en Sevilla Ezequiel Barranco Moreno, quien, con una narración pigmentada de tintes surrealistas y realismo mágico, desgana los secretos y desgarros del ayer y los combina con el hoy más cotidiano.

La bufanda de lana y otros relatos desgarrados nos sumerge en un conjunto de dieciséis historias en las que la realidad se confunde con la fantasía y lo imaginado. Relatos que servirán de introspección para un lector ávido de nostalgia y de recuerdos.

ISBN: 978-84-121204-3-1

Precio: 15,00 €

·EDICIONES·PANGEA·



9 788412 120431



www.edicionespangea.com